

mismo animal dividido en ocho, diez, veinte, treinta ó cuarenta partes, se reproduce en cada una de ellas con entera perfeccion? — ¿Y esto es cierto?... — Fácil es adivinar, interrumpió el abate, el nombre de ese animal... — ¿Y el otro que mamá nos ha pintado, dijo Pulqueria, le conoce Vd.? — Confieso, replicó el abate, que la descripción que acaba de hacer la señora es para mí un enigma. — No obstante, dijo la Marquesa, es muy exacta. Quizás habré omitido algunas particularidades, pero las señas que he dado son mas que suficientes para que cualquiera que haya leído su descripción le conozca al instante... — Mamá, ¿en qué país se halla ese monstruo? — Es muy comun en Francia... — ¿En Francia? — Seguramente, y en Borgoña tambien; mil veces le habéis visto en Champcery. — Aseguro á Vd., mamá, que no me acuerdo haber visto cosa que se le parezca... pero díganos Vd. por Dios su nombre. — Pues bien, ese monstruo es la araña¹. — No creia yo que lo fuese. ¿Pues qué, una araña tiene ocho ojos... una esponja mojada entre sus uñas... y tenazas á los lados de la boca? — Si hubieses visto una araña con un lente, hubieras descubierto todo eso, y tambien podrias verlo sin ella en una araña algo gruesa. — Al instante encargaré á Agustín que traiga las arañas mayores que encuentre, porque quiero ver sin falta las esponjas, las tenazas y los ocho ojos... — Y yo os leeré la historia de las arañas francesas y extranjeras, y sé fijamente que os gustará mucho: hallaréis en ella mil particularidades curiosas. — Y el otro animal que se multiplica cortándole, ¿cómo se llama? — Ese es el pólipa de agua dulce. — No le conocemos; no debe de haberle en Francia: es lástima, porque aun es mas curioso que la araña. — Puesto que tantos deseos tenéis de ver ese prodigio, os daré el gusto de que hagáis la experiencia vosotros mismos. — ¿Con que los hará Vd. venir de fuera? — No, mañana los tendréis. — ¿Es posible? — Los estanques de Champcery abundan de ellos. — ¡Nuestros estanques!... ¡y ni aun el nombre sabíamos de un animal tan particular! — La naturaleza ofrece con abundancia en todas partes fenómenos los mas extraños. La ignorancia priva al necio del gusto de conocerlos y admirarlos, mientras que el hombre instruido halla á cada paso objetos dignos de excitar y satisfacer su curiosidad. — Mamá, de aquí en adelante preguntaremos, leeremos

¹ La descripción anterior conviene mas particularmente á la araña casera.

con reflexion, tendremos lentes para examinar todos los insectos de Champcery, y á lo ménos conoceremos las curiosidades que nos rodean.

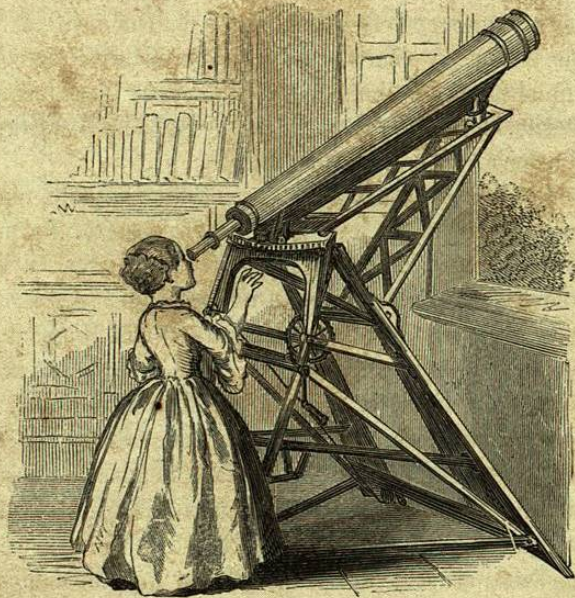
El abate, que estaba algo picado de no haber conocido la araña, habló en fin, y dirigiéndose á los niños les dijo: Crean Vds. que, como su señora madre les ha hecho observar muy bien, el cuento de Alfonso no contiene sino un corto número de los fenómenos que nos ofrece la naturaleza: por ejemplo, la señora no ha dicho nada de los castores y elefantes... — Quizás lo habrá hecho, dijo César, porque ya sabemos la historia de esos animales... — Tampoco os he dicho nada, dijo la Marquesa, de una infinidad de otros animales particulares y mucho ménos conocidos, como son el tucan, el kamichu, los murciélagos de América, etc.

El abate que estaba devanándose los sesos para encontrar alguna de las maravillas que la Marquesa habia omitido en su cuento, tomó la palabra diciendo: Es cierto que, sin hablar de los animales, los reinos mineral y vegetal ofrecen un sinfin de fenómenos de que no ha podido hablar mi señora la Marquesa en una obra tan corta. Me parece no obstante que hubiera podido colocar oportunamente en su cuentecito el árbol de cera; la planta llamada sensitiva; la que llaman fraxinela, y la tela de amianto, etc.

Después de haber relatado esta nomenclatura el abate, muy satisfecho de su memoria, se levantó y salió del cuarto. Pulqueria se echó á reir. Yo creo, Mamá, dijo, que Mr. Fremont se ha ido algo enojado contra Vd. — Y en caso que así fuese, replicó su madre, ¿para qué hacérmelo advertir? Si fuese verdad que Mr. Fremont tuviese un poco de mal genio y de vanidad, sería tanto mas excusable, cuanto nunca ha vivido en el gran mundo, en el cual al tiempo mismo que las mas veces se pierden algunas virtudes, se adquiere casi siempre un genio complaciente, y la urbanidad que nos enseña á ocultar nuestros defectos y esos ridículos enfados, hijos del amor propio mal entendido. Varias veces te tengo ya dicho el respeto y amor que debes al ayo de tu hermano. Te he repetido tambien muy á menudo, que no solamente no nos es lícito, aun con las personas de mayor confianza, hacer observaciones maliciosas sobre aquellas con quienes tratamos intimamente, sino que tambien debemos apartar de nuestra imaginacion la memoria de sus faltas, y desechas los pensamientos que nos hacen acordar de sus defectos. Esta

leccion afligió algun tanto á Pulqueria, y la hizo llorar ; pero como no habia dicho mas que una palabra sin reflexion, la que lloraba sin enfado y se arrepentia de véras de su yerro, fácilmente obtuvo el perdon, y volvió á su acostumbrada alegría.

La velada de aquella noche y las de otras siete se emplearon en hablar del cuento de Alfonso. Advirtió César que habia un prodigio de los del cuento que no estaba explicado. En las islas Canárias, dijo, despues de la aventura de la cueva de los Guanches, llega Alfonso á la orilla de una laguna; en aquel sitio ve la columna de aire, y despues aquel granizo formidable; y despues cuando se halla con Thelismar, este le refiere todo lo que le ha sucedido, añadiendo que le ha estado viendo sin embargo de estar separados á distancia de dos leguas. En efecto, replicó la Marquesa, no he aclarado ese punto; pero si mañana queréis venir á almorzar en el terrado que está al cabo del jardin os diré el secreto de Thelismar. Admitieron



los niños la cita con sumo gusto, y ántes de las ocho de la mañana ya estaban todos en el terrado. Hallando puesta en él una máquina que movió su curiosidad, preguntaron lo que era.

Este es un telescopio, les respondió su madre : siéntate aquí,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



SIDONIA Y UNA POBRE VIEJA.

Carolina, y mira por este vidrio... — ¡Qué veo! exclamó Carolina... Una casa que me parece que está dentro del jardín... — No obstante, replicó madama de Clemira, hay dos leguas de distancia de aquí allá. La quinta que ves es la de Mr. de Luzane. — Es increíble; distingo claramente todos los que pasan por el corral que hay á la entrada... Ahora está dando de comer una criada á las gallinas... Ahora llevan las vacas á pacer... Una vieja entra por la puerta y pide limosna... Á este tiempo Carolina tuvo que ceder el asiento á su hermanita.

Luego que Pulqueria miró por el telescopio dió un grito de alegría. Ah mamá! dijo, ahora veo á Sidonia, no hay duda, ella es... está hablando con las criadas... apostaré que el gobierno del corral está á su cargo, porque parece que les manda alguna cosa... ¡cuánto gusto tendria yo si fuera mas grande en cuidar como ella del corral!... ahora se baja al suelo... ya se levanta... ahora vuelve á bajarse... sin duda que está recogiendo huevos... justamente; le dan una cesta en donde los va poniendo... ahora se vuelve hácia la pobre mujer que se está á la entrada... se acerca á ella... le está hablando... la hace entrar en el corral... la vieja se sienta sobre un banco... Sidonia le da su cesta, y despues se va corriendo. La mujer se queda esperando... — Yo tambien quiero ver, dijo César... — Déjame mirar otro poco, hermanito... Ya vuelve Sidonia... pero anda muy despacio... tiene en las manos una cazuela... ¿Si será leche?... Seguramente, y se la da á la pobre... ¡Ah! ¡Cuánto quiero á Sidonia!... Al decir esto se levantó Pulqueria, y César ocupó su puesto. No vió ya cosa particular: Sidonia se entró en la casa; pero comprendió finalmente de qué modo Thelismar habia podido ver claramente á Alfonso á pesar de la distancia que los separaba.

En todo el dia no se habló de otra cosa mas que del telescopio y de Sidonia. Pulqueria admiró el raro modo con que habia descubierto el genio benéfico de aquella amable jóven. No creeria ella, prosiguió Pulqueria, que estábamos viendo todo lo que hacia. La casualidad, dijo la Marquesa, y una infinidad de circunstancias imprevistas descubren cada dia acciones mucho mas ocultas que estas. Por tanto lo mas seguro es obrar siempre del mismo modo que obraríamos delante de testigos; porque ademas de que Dios nos ve y nos juzga en todos los instantes de nuestra vida, la casualidad, la curiosidad humana, la indiscrecion de los criados y la deslealtad

de los amigos falsos, publican á cada instante nuestras acciones mas ocultas.

Despues de comer preguntó la Marquesa á su hijo, qué le habia parecido un libro que le habia dado algunos dias ántes : era este la vida del Delfin, padre de Luis XV¹. César respondió que lo que mas le gustaba eran los pormenores en que entraba el autor hablando de la niñez de aquél príncipe, contra la costumbre de casi todos los escritores, que siempre hablan de los hombres y nunca de los niños : dijo tambien que le habia gustado infinito una fábula que el duque de Borgoña habia compuesto siendo aun niño. La fábula se intitula : *El Caminante y sus perros*. — ¿Cuál es el asunto de ella? — Se reduce á que *Licas* va de viaje llevando por compañía á sus tres perros, y por provision cuatro panes. Llega á un monte espeso, y á la orilla de un arroyo le acomete una fiera. Sus perros la embisten y la matan... En recompensa *Licas* da un pan á *Vorax* (que así se llamaba uno de los tres perros) y *Vorax* huye al punto : da otro pan á *Cerbera*, que tambien echa á huir. El tercero llamado *Gárgas* se presenta con la esperanza de alcanzar igual premio; pero *Licas* que era *prudente*, al ver que cada pan le costaba un perro, no dió á *Gárgas* mas que un pedazo, y *Gárgas* no huyó, sino que se quedó con él para lograr lo restante... Á esto se reduce... — Y dime, ¿cuál es la moralidad de esta fábula?... — Mamá, no me acuerdo muy bien... pero aquí tengo el libro; voy á leer á Vd. el fin de la fábula; dice así : « Oh príncipes, cuando encontréis guias espases « de dirigiros y defenderos en el peligroso monte de este mundo, « guardaos de ponerlos en estado de que no os necesiten, hasta « tanto que vosotros no los necesitéis á ellos. »

Me persuado, dijo la Marquesa, que no has penetrado el verdadero sentido de esa moraleja; voy á explicártela en términos mas claros conservando el mismo pensamiento. Oye lo que significa :

« Oh príncipes, si lográis tener ministros hábiles, generales diestros y amigos fieles, guardaos bien de cumplir con ellos como « debéis; guardaos de recompensar dignamente su zelo y servicios, « no sea que despues de haber alcanzado de vosotros cuanto podian esperar os abandonen. Oh príncipes, sed injustos, sed ingratos para que os sirvan y sean útiles. »

¹ Por el abate Proyart.

¡Ah, mamá, exclamó César; ¿es posible que sea ese el verdadero sentido de la fábula? — No hay duda en que es el sentido literal de la moralidad con que acaba : reflexionalo bien y lo verás tú mismo... — Es verdad. ¿Pues cómo no lo he conocido desde luego? ¿Cómo me ha podido gustar esta fábula? — Has admirado en este libro tan estimable la sola cosa que hay reprehensible. Si leyeses con ménos rapidez y con mas atencion, no incurririas en unos errores tan crasos.

Aquella misma noche á la hora de la velada la Baronesa dijo á César : Te has quejado de que los historiadores no hablan bastante de los niños; vamos á convencerte de que tu queja es infundada, porque toda la noche la emplearemos en referir casos históricos, cuyos personajes serán todos niños... — Ay abuelita mia, ¡qué bueno es eso! — Verás que los niños sobresalientes son mas comunes de lo que imaginas. — ¿Con que nos contará Vd. varios pasajes? — Tu madre, el señor abate y yo os contaremos alternativamente una historia hasta tanto que ya no nos acordemos de mas, lo que seguramente llenará todo el tiempo de la velada. Yo empezaré, continuó la Baronesa, escuchadme :

Chan-chi, emperador de la China, tenia tres hijos. Los dos primeros nada tenian de particular; pero el último, llamado *Kang-hi*, era las delicias de su padre y maestros. Este niño era dócil, sensible, aplicado, sincero y activo : sabia dominarse; se podia fiar en sus promesas, porque su palabra era inviolable. Cuando habia tomado una resolucion útil y prudente, la mantenia con una perseverancia invencible. Se abrasaba en deseos de instruirse, de sobresalir, de merecer el afecto de su padre, y de obtener la aprobacion de todos los que le rodeaban. Siempre veia todos los rostros contentos. Cada leccion que daba le ofrecia el gusto de oír alabar su aplicacion y su ingenio : todos le amaban y se ocupaban con gusto en sus recreos y diversiones; encontraba en todos la indulgencia á que la virtud y buena conducta tienen tanto derecho. Si por casualidad incurria en alguna falta no le reñian, ántes al contrario se afligian con él. En fin, este amable príncipe experimentaba que los niños mas bien inclinados son tambien los mas felices.

De allí algun tiempo cayó malo el emperador. El mayor de sus hijos no tenia entónces mas que doce años, y el último (que era este amable *Kang-hi*) entraba en los nueve. Conociendo el emperador que era mortal su dolencia hizo llamar á sus hijos, y habiénd-

doles declarado que su fin se acercaba, les preguntó cuál de ellos se sentía con bastantes fuerzas para mantener el peso de una corona recién conquistada¹. El mayor se eximió disculpándose con su poca edad, y suplicó al emperador que dispusiese á su arbitrio del imperio. Entonces Kang-hi se arrodilló delante de su padre, regó con sus lágrimas la mano que le alargaba, y despues de un instante de silencio le dijo : « Yo por mí, padre mio, me siento con fuerzas para imitarle á Vd. Mas quiero la gloria que los placeres y descanso. Si el cielo nos priva de Vd., y si su eleccion recae en mí, prometo tomar á Vd. por modelo, y hacer felices á mis pueblos. » Esta respuesta hizo tanta impresion en Chan-chi, que al punto le nombró por su sucesor bajo la tutela de cuatro personas por cuyos avisos debia dirigirse². Kang-hi justificó el amor y eleccion de su padre; se instruyó y acabó de perfeccionar sus luces y conocimientos. Apartó de su corte los lisonjeros y chismosos; supo recompensar dignamente el mérito, los talentos y la virtud; fué justo, benéfico, amante de la paz, y mereció el renombre de bienhechor y padre de sus pueblos³.

No podré yo, hijos míos, dijo la Marquesa de Clemira luego que la Baronesa hubo acabado, referiros un caso mas singular que el que acaba de contaros vuestras abuelita, porque no puede haberle mas extraño que el de un niño de ocho años, que por sus razones, conducta y bellas prendas sabe merecer el trono del imperio mas vasto del universo; pero os contaré tambien los hechos de otro príncipe de su misma edad, y que con el tiempo fué uno de los mas grandes monarcas de su siglo. Reinaba en Polonia el duque Uladislao⁴: tenia un hijo llamado Boleslao⁵, de edad de nueve años, cuya

¹ Chan-chi era hijo de Tsun-te, fundador de la nueva dinastía Tártaro-Chinesca, que reina en el imperio del Catay desde la mitad del siglo XVII.

² Kang-hi subió al trono el año de 1661.

³ La China debe á este gran príncipe la abolicion de una costumbre tan bárbara como insensata. Era un uso bastante comun entre los Tártaros que á la muerte de un hombre una de sus mujeres tenia que ahorcarse... Habiendo muerto en Pekín en 1668 un Tártaro de distincion, una de sus mujeres, de edad de diez y siete años, se disponia á darle esta prueba de amor; pero sus padres presentaron un memorial al emperador para suplicarle que aboliese tan odiosa costumbre. Este príncipe mandó que se abandonase como un antiguo resto de barbarie: tambien estaba establecida esta costumbre entre los Chinos, pero sucedian los ejemplos con ménos frecuencia, y sus filósofos no la habian aprobado...

⁴ En el año 1094.

⁵ Que fué despues Boleslao III.

actividad, aplicacion, buen genio, paciencia y bondad prometian las mayores esperanzas. Acababa la Bohemia de declarar la guerra á la Polonia; un dia que Uladislao daba las órdenes convenientes al general de sus tropas en presencia de su hijo; este, que habia escuchado con suma atencion cuanto habian dicho, se arrojó repentinamente á los piés de su padre, suplicándole le permitiese ir á la guerra bajo las órdenes del general. Acompañó estas instancias con razones tan persuasivas, tan justas y tan extrañas en su edad, que el duque igualmente admirado y enternecido le concedió lo que pedia. Se le encargó al general, y al punto marchó con él para el ejército.

Luego que llegó el príncipe á él, se granjeó el afecto y admiracion de todos; siempre estaba atento á cuanto se hacia; pero manifestaba una inteligencia tan extraordinaria, que fácilmente se hubiera podido pensar que nada le era nuevo, y que no aprendia sino que se acordaba de cuanto veia ejecutar. Afable y liberal para con los soldados, lleno de política y urbanidad para con los oficiales, cautivó todos los corazones. Su magnificencia no resplandecia mas que en sus dones, solo se la echaba de ver en su generosidad. Fuera de esto su alimento era el ordinario de los soldados; la tierra era su lecho, padecía alegremente las intemperies é injurias del tiempo. Siempre el primero en las mayores fatigas, y ostentando un valor igualmente natural y brillante, parecia que no aguardaba el logro de la empresa sino de sus acciones. En una palabra, todo en él anunciaba las virtudes y hazañas con que habia de llegar á ser un dechado de gloria para los príncipes que reinasen despues de él. Su ejemplo, que atendida su corta edad tenia mas eficacia, redobló el ardor y confianza de los polacos: los bohemios fueron derrotados en varios encuentros, y Uladislao disfrutó de la inexplicable dicha de deber á su hijo, en la edad de nueve años, la mayor parte de las felices resultas de aquella campaña.

Lo restante de la vida de Boleslao correspondió á tan gloriosos principios. Aunque guerrero y conquistador, fué humano, fué sensible, se ocupó en hacer la felicidad de sus pueblos, y supo merecer su amor haciéndolos felices. Este príncipe era demasiado virtuoso para no poseer en grado eminente el amor filial. Todos los historiadores se extienden notablemente en pintar el cariño que tenia á su padre. Cuando tuvo la desgracia de perderle, fué su sen-

timiento tal, que acabó de manifestar toda la hermosura de su alma, y esto le hizo aun mas amado de sus pueblos. Quiso Boleslao llevar luto cinco años enteros por un padre á quien lloró toda su vida : quiso que su imágen grabada con caractéres indelebles en lo íntimo de su corazon, estuviese tambien presente de continuo á sus ojos. Dia y noche tenia puesta al cuello una medalla en la cual estaba grabado el retrato de Uladislao : la miraba incesantemente para



acordarse, decia, de las virtudes de un padre tan digno de su amor y de su llanto. Quiso finalmente que el hijo que mas amaba le sirviese tambien de recuerdo ; á cuyo fin le puso el nombre de Uladislao. Ahora, señor abate, añadió la Marquesa, le toca á Vd. — No referiré, respondió el abate, casos tan bellos como los que Vds. han contado, porque no me acuerdo por ahora sino de dos hechos absolutamente desnudos. César tiene diez años, y cuando su maestro de dibujo le dice que si de dos años á esta parte se hubiera aplicado mas, estaria actualmente en estado de dibujar cabezas al natural, da á entender que juzga ser mucho en su edad poder copiar con alguna exactitud : no será, pues, inútil decirle que el famoso pintor Pedro Mignard fué destinado al estudio de la medicina por sus padres. En los ratos ociosos se entretenia en dibujar. No tenia maestro, pero sí mucho gusto y aplicacion, y á la edad de once años hacia retratos muy correctos y parecidos. Entónces sus pa-

dres le pusieron en casa de un pintor. Se dedicó enteramente á este arte, y se hizo uno de los mejores pintores de la escuela francesa.

Otro pintor llamado Juan Bautista Vanloó empezó á pintar muy bien á la edad de ocho años. No pido yo tanto á César, pero quisiera que tuviese el deseo de sobresalir en cuanto hace, y la noble ambicion de no quedarse confundido entre la multitud de niños comunes.

No merecieron estas dos citas del abate la aprobacion de los niños. César, aunque ofendido personalmente, no se atrevió á manifestar su opinion, y calló. Pero Pulqueria tomó la palabra, y con mas franqueza que urbanidad dijo sin rodeos que le habian gustado mucho mas las historias de Kang-hi y de Boleslao. Ya veo, señorita, replicó el abate, que no le agradan las lecciones directas. Se parece Vd. en este punto á los tiranos, que no pueden tolerar la verdad á ménos que no se les presente dulcificada y encubierta bajo del agradable velo de alguna ingeniosa fábula... — ¡Ah señor abate! interrumpió Pulqueria, yo no me parezco á los tiranos... Siempre me gusta la verdad, y aseguro á Vd.... pero ya conozco que he hecho mal; perdóneme Vd., Mr. Fremont, y no forme mal concepto de mí... — Mi opinion, señorita, es cosa poco importante... — Pues para hacerme ver que no está Vd. enojado contra mí, yo le suplico por Dios, que tenga la bondad de darme una *leccion directa*... á mí sola... me alegraré mucho... — Cuando se desea oír la verdad tan de véras es preciso condescender. Diré á Vd., pues, señorita, que de tres semanas á esta parte, tiempo en que el calor excesivo nos ha obligado á dar las lecciones de la tarde en la sala baja, en la cual Vds. trabajan en compañía de su aya, mas de cuatro veces he pensado que podia Vd. aprovecharse mejor de lo que oía decir á su hermanito; y acerca de esto la referiré un caso que nunca hubiera contado delante de Vd. á no ser por la instancia tan viva que acaba de hacerme.

La hija de Mr. Dacier, que con el tiempo fué la famosa y erudita Madama Dacier, no aprendió en su niñez mas que á leer, escribir y hacer labores de mujer : esta fué su educacion hasta la edad de once años. Su padre tenia otro hijo, al cual educaba con mucho esmero, y en tanto que le daba leccion, su hermana estaba delante ocupada en hacer labor. Un dia que el muchacho respondia mal á

las preguntas de su padre, su hermana sin levantar los ojos de su labor le sugería á média voz todo lo que debía responder. El padre la oyó con una alegría igual á su admiración, y desde entónces se dedicó enteramente á la educacion de una niña tan digna de todo su esmero. Fácilmente convendrá Vd., señorita, en que si esta niña en vez de atender á las lecciones se hubiese entretenido en hacer gestos y muecas á su hermano, ciertamente no hubiera ocasionado á su padre un gusto tan grande... — No me acuerdo, dijo Pulqueria, poniéndose colorada, de haber hecho muchas muecas á mi hermano... — Pues yo me acuerdo muy bien que el lunes pasado le cosió Vd. con mucho primor el vestido á la silla : que el martes le pinchó dos veces con su aguja *para avivar*, segun Vd. decia, *su atencion*; y que ayer le causó mil distracciones haciendo mil gestos, entre otros un cierto *hocico de liebre* que hizo reir tanto á Carolina que tuvo que salirse de la sala.

Al oír estas palabras Pulqueria, medio llorando, confundida y temerosa, miró á su madre. No temas, Pulqueria, le dijo la Marquesa, yo no hubiera sabido nada de eso si no hubieras deseado una leccion directa, y ciertamente no te reñiré porque has pedido que te se dijese la verdad sin disfraces ni rodeos. Solamente te haré observar que todas esas bufonadas nada tienen de amable ; que no hacen reir algunas veces sino porque son ridículas ; que ese defecto es sobre todo chocante en una niña en cuanto la hace que pierda la dulzura y la modestia que son el principal adorno de su sexo ; y que en fin una criatura traviesa y revoltosa puede muy bien servir de diversion por algunos instantes á los de fuera de casa, pero necesariamente ha de ser insoportable á sus padres y á todos los que viven con ella. Tambien tengo que reconvenirte acerca de otro punto, Pulqueria : tú me habias prometido tener confianza en mí, me habias asegurado que me confesarías siempre con claridad las faltas en que incurrieses, y no obstante no me has dicho que habias distraído á tu hermano mientras daba leccion.

Mamá mia, respondió Pulqueria, no he dejado de hacerlo por falta de confianza, sino porque no conocia como ahora lo mal que habia hecho ; y para que Vd. vea que no es falta de confianza, confieso que Mr. Fremont no lo ha dicho todo. Ha olvidado que habrá unos ocho ó diez dias hice como que estornudaba durante la leccion, haciendo una gran cortesía á cada estornudo... — Mamá, añadió

Carolina en tono triste, yo tambien estornudé un poco, é hice algunas cortesías. — Y yo tambien, señora, dijo el abate, hice á lo ménos quince cortesías, porque creí buenamente que estas señoritas estaban resfriadas, y por tanto no hice mencion de esta ingeniosa travesura, porque me engañaron enteramente. — Mamá, replicó Pulqueria, perdóneme Vd. — Sí, hija mia, dijo la Marquesa abrazándola, pero puesto que conoces ahora las consecuencias de todas esas malicias insulsas y pueriles, ten presente que no serías ya excusable si volviesses á incurrir en semejantes faltas.

Prosigamos ahora, dijo la Baronesa, con las historias de niños : á ti te toca, hija mia. — Yo, respondió la Marquesa, referiré un rasgo de un niño de cinco años ; por tanto no se debe esperar gran cosa, pero este niño era Gustavo Adolfo, que llegó á ser con el tiempo uno de los mayores monarcas de la Suecia. Se paseaba un dia con algunas criadas en una pradera cerca de Nicoping. Iba el niño corriendo á entrar entre unas zarzas, cuando una de sus criadas, para obligarle á volver, le gritó diciéndole que toda aquella maleza estaba llena de serpientes muy grandes y venenosas que le picarian. Pues bien, respondió Gustavo, dame un palo y las mataré. Quisieron, pero en vano, disuadirle de este intento : al modo que Hércules con su clava destruía todos los monstruos del bosque de Nemea, así el príncipe niño, armado de una varita, entró por entre las zarzas determinado á acabar con todas las serpientes que hallase ; pero sus pesquisas fueron infructuosas. No se presentó á su vista monstruo alguno, y por aquel dia se redujeron sus hazañas á un paseo igualmente largo y penoso.

Este rasgo, dijo la Baronesa, es prueba de que el valor sale del alma, y no del conocimiento de las fuerzas, ni de la reflexion. No se piden á un niño las prendas que por lo comun son hijas de la experiencia y del juicio : por ejemplo, es muy natural que á veces sea inaplicado, inconsecuente y travieso ; pero se quiere que manifieste aquellas virtudes que nacen del corazon ; aquellas virtudes naturales que no necesitan de cultivo, y cuyas simientes tiene en su pecho todo niño bien inclinado. Y así un niño que fuese cobarde, inhumano é ingrato, sería un monstruo, si sus vicios no procediesen de una mala educacion... — Segun eso, abuelita mia, nacen muchos monstruos, porque se dice que hay muchos ingratos, muchas personas de mal corazon... — La razon es, porque hay muchas personas